

bre de más puños, y además no había proclamado al Ser Supremo.

No es que estas insensateces no suscitasen algunas veleidades de protesta. Los clubs que tenían sus Eros-tratos tenían también sus prohombres. Cuando los unos maltrataban á la Iglesia y á los jesuitas, los otros aplaudían á rabiarse; pero cuando el ataque subía directamente hasta Dios, los prohombres se callaban. Cuando los primeros denunciaban á los grandes capitalistas ó á las grandes compañías, los segundos se alegraban en extremo; pero si la expoliación se hacía extensiva al suelo, aplicaban el oído, creían haber comprendido mal y, si no se hallaban rodeados de gente muy feroz, esbozaban un principio de murmullo. Los prohombres odiaban al antiguo régimen y, á puerta cerrada, declamaban como nadie contra el golpe de Estado; pero 1793, el 21 de enero, la guillotina, Marat, Hebert, todo esto les causaba un ligero estremecimiento de horror. Los prohombres eran tímidos, tenían que los expulsaran, que los apaleasen, que les llamasen espías, jesuitas y girondinos, y aun cuando representaban el número, cedían ante los Erostratos que representaban el ruido. De todas las teorías, las únicas que los encontraban del todo refractarios eran las que destruían la familia ó abolían explícitamente la herencia; entonces experimentaban grandes tentaciones de energía y hasta se atrevían á lanzar interrupciones. Es que tenían apego á su hogar, á las reliquias de sus muertos, á todas esas cosas que el parisiense más pervertido conserva en su corazón.

Los que creían ser trágicos, á menudo no eran más que cómicos. Antes de caer en el drama que no había de tardar en llegar, patearon en la farsa. Un día del mes de noviembre de 1868, en el Pré-aux-Clercs se discutió la cuestión del matrimonio. El Sr. de Pressensé defendió la indisolubilidad del lazo conyugal, pero en medio de silbidos. El mismo divorcio pareció un remedio insuficiente para la inconstancia de los cónyuges: era una solución mala como todas las soluciones á medias, y, según la expresión de uno de los oradores, un *expediente orleanista*. Como pareciesen disipadas todas las viejas preocupaciones, el zapatero Gaillard subió á la tribuna y celebró «el concubinato como el verdadero matrimonio del hombre honrado (1)». Después de haber hecho girones la moral y el buen sentido durante dos sesiones, se organizó un voto. El escrutinio fué memorable. La mayoría condenó el matrimonio indisoluble y el divorcio. Parecía que sobre esta doble ruina había de triunfar el sistema de la unión libre. Pero cuando se puso á votación, muchos retrocedieron ante la enormidad, y un tercer voto negativo siguió á los dos otros. Proscritos por igual el matrimonio, el divorcio y el concubinato, ¿qué quedaba sino el celibato universal? La sesión acabó en risa estrepitosa, y hasta las altas horas de la noche el clamoreo de los transeuntes turbó la calma de las calles silenciosas del barrio de San Germán.

Poco tiempo después, en el *Vieux Chêne* se presentó otra explosión igual de perversidad burlesca. Se había puesto á la orden del día la *moral y la enseñanza de los jesuitas*. El asunto no era nuevo; pero resultó del

(1) Proceso Gaillard, 22 de enero de 1869 (*Gazette des Tribunaux*, 23 de enero de 1869).

todo original por las cosas imprevistas que se oyeron. Súpose que el primer jesuita fué Moisés, quien al bajar del Sinaí las tablas de la ley puso las primeras trabas al pensamiento humano. Presentóse un erudito que habló de la conspiración de la pólvora y de la doctrina del regicidio: de aquí un gran escándalo entre los que el día antes, en Belleville, habían conmemorado el 21 de enero. Aachacáronse muchas otras cosas á la famosa orden, y particularmente el haber formado á Voltaire. ¿No había afirmado éste, en varias ocasiones, que se necesitaba religión para el pueblo? Varios jóvenes, antiguos alumnos de los jesuitas, habían acudido á la reunión con la idea de defender á sus antiguos maestros. Uno de ellos, llamado Jacquier, logró subir á la tribuna y con voz vibrante, con acentos de agresión audaz y tesoros de ironía indignada, burlóse de la ignorancia y denunció la calumnia. Bajo la impresión de la sorpresa, el auditorio subyugado guardó silencio. Pero la calma no duró más que un momento. Pronto volvió á desbordar el torrente de las insensateces. De todos los discursos, podía decirse lo que Mazzoni dijo de uno de los personajes en *Los Prometidos Esposos*: «Sus palabras carecían de sentido y hasta no parecían tenerlo.»

No basta ser ridículo para ser inofensivo. Después de tres meses de paciencia, el gobierno se decidió á obrar con severidad. En enero de 1869 empezaron los primeros procesos. Las contravenciones señaladas eran generalmente el ultraje á las buenas costumbres y á la moral religiosa, el ataque al principio de la propiedad y de la familia, la excitación al odio y al desprecio de unos ciudadanos con otros. Pero la solicitud era ya tardía. En aquella experiencia de la ley de reunión, todo fueron desengaños y dificultades para el poder.

Este había contado con que la viva imagen de los peligros demagógicos acercaría á él á los imperialistas tibios ó á los conservadores indecisos. El único resultado fué difundir una duda sobre la sensatez de un gobierno que, después de haber proscrito tantas palabras moderadas, toleraba tantas palabras facciosas. Mientras tanto, la oposición republicana en el Cuerpo legislativo se irritaba mucho: acusaba al Imperio de repetir un procedimiento antiguo y agitar de nuevo el *espectro rojo*. No cesaban de repetirlo Julio Favre, Picard, Garnier-Pagés y sus amigos.

Fiado en el buen sentido público, el emperador se había persuadido de que los obreros sabrían reunirse para discutir sus intereses materiales ó adelantar en su instrucción. La idea no hubiera sido quimérica si los trabajadores del mismo ramo se hubiesen hallado mutuamente unidos por antiguos y sólidos lazos corporativos. Entonces, éstos, naturalmente, se hubieran agrupado por profesión y preocupados de sus asuntos comunes, hubiesen escapado quizá á la necesidad de reformar el mundo. Pero esta organización no existía; lo poco que se había creado lo había sido por manos dudosas. En las salas de reunión se congregaron, pues, gentes de todos oficios, y sobre todo de ningún oficio, sin saber lo que querían, pero vagamente deseosos de cosas sensacionales. ¿De qué habían de ocuparse sino de la política, de la propiedad, de la religión?

En las regiones oficiales se había acariciado la esperanza de que, autorizando los debates públicos, se suprimieran los conciliábulos clandestinos: y sucedió lo

contrario. Había necesidad de determinar previamente el día, el sitio y el programa de cada sesión, y de aquí nació para los agitadores la costumbre de reunirse en comités preparatorios. En estos comités limitados se ensayaba el aparato escénico próximo, los clubistas aprendían á conocerse, contaban sus fuerzas y hasta hacían cálculos sobre los actos que en un porvenir más ó menos lejano habrían de seguir á las palabras. De modo que el peligro nuevo, en vez de suprimir al antiguo, lo avivó. El libertinaje fué doble: hubo el de la mañana, á puerta cerrada, y el de la noche, que se manifestaba en público.

De todas las consecuencias de las reuniones, la más lastimosa fué que no tardó en haber una treintena de hombres, entre oradores é individuos de mesa, que se arrogaron el imperio sobre los auditorios de los clubs. Todo el que hubiese oído con serenidad á aquellos nuevos tribunos se hubiese asombrado de semejante entusiasmo, porque sus cerebros, cargados de sofismas, se descargaban con dificultad; sus ideas eran de corto alcance; su lenguaje muy pobre; su método, si es que lo tenían, se reducía á un plagio de todas las violencias pasadas; su proliación tan pronto se apresuraba con una volubilidad que acusaba las inquietudes de su memoria, como se desenvolvía con una pretenciosa lentitud, prolongándose con solemnes trémolos en la voz. Algunos oradores afectaban, por el contrario, la frase sentenciosa, la brevedad dictatorial, y, después que habían encerrado muchas necedades en un estilo lapidario, se figuraban haber emulado á Montesquieu. Donde faltaba talento sobraba pasión. Ya sonaban algunos nombres, tales como Napoleón Gaillard, Abel Peyroutón, Ferré, Duval, Briosne, Ranvier... Entre ellos se distinguía un joven del cual no se sabía si calificarlo de loco peligroso ó de pervertido. Llamábase Raúl Rigault. Todos forjaban su celebridad en las reuniones públicas. En torno de estos corifeos de los clubs se agrupaban todos los amantes de la pereza y de la retórica, todos los refractarios de la familia ó del taller, todos los vanidosos hasta la personalidad aguda, todos los envidiosos hasta el delirio, todos los malsanos de espíritu. El imperio creía haber levantado espantajos para los conservadores y no había hecho más que preparar jefes para la sedición.

VII

He procurado describir el terrible empuje del radicalismo y de la impiedad que, hacia fines del reinado, ejerció presión por todas partes sobre la sociedad imperial. La mayor desgracia del imperio fué que su fuerza de resistencia disminuyó á medida que aumentaron sus peligros.

La principal debilidad era la del soberano. La Constitución había acumulado sobre él todas las responsabilidades, como si nunca hubiese tenido que cansarse ni morir, y durante mucho tiempo había sostenido esa carga abrumadora con una gran facilidad aparente. Había sido el hombre de los sofismas elocuentes y de las faltas triunfales. Había dominado á Francia y hablado á Europa con una seguridad tan tranquila que los más perspicaces habían vacilado, prefiriendo poner en duda su propia sensatez á negar su infalibilidad. Los que, en el extranjero, le habían conocido á fondo, se habían

guardado bien de descubrirlo, descosos como estaban de prolongar un error de que habían de sacar provecho. Ahora, todas las falsas máximas, proclamadas á un tiempo, daban á un tiempo también sus frutos. Lo peor era que entre el momento de las faltas y el del castigo habían transcurrido dos años. Sucedió, pues, que el monarca, después de haber desplegado todo su vigor en extraviarse, no encontraba ya más que energías debilitadas cuando se trataba de volver al buen camino. En la época que describimos, su cuerpo entorpecido cedía bajo su propio peso. Más por hábito que por afán de dominación, evocaba aún toda clase de cosas, pero su mano dejaba caer de nuevo lo que había levantado. Pa-



Ernesto Picard

ra los días de gobierno fácil se había tenido un soberano joven, popular, en plena madurez. Ahora que por todas partes la tarea se complicaba, el que soportaba todo el peso no era más que un príncipe gastado, casi un anciano.

Y este príncipe no podía contar con nadie. En torno de él empezaba esa gran soledad de los reinados que decaen. En tiempo de las primeras transformaciones liberales, el imperio había tenido su orador, Billault—y éste había muerto,—su consejero, Morny, y éste había muerto también. El orador había sido reemplazado, pero en torno del trono faltaba el consejero prudente y sagaz que quizá hubiera evitado ó atenuado las faltas. Cada año había dejado vacíos: un día la muerte había arrebatado á Thouvenel, otro á Fould... Se habían saludado hombres nuevos: Thuillier, cuya ardiente palabra fué proclamada un momento por la Cámara entusiasmada; Pinard, llamado por el favor del monarca al ministerio del Interior... Pero Thuillier no había hecho más que atravesar la escena y había muerto tras de larga agonía, y Pinard iba á caer en desgracia. Quedaba un hombre que recordaba los días del apogeo; este hombre era Waleswki; pero á su vez estaba destinado á desaparecer aquel año.

¿Qué pensar de los que quedaban? La mayor parte tenían talento y buena voluntad, pero había algo que les paralizaba á todos. Decíase de los primeros cristianos: «Ved cómo se aman.» De los servidores del imperio se hubiera podido decir: «Ved cómo se odian.» Algunos de ellos han dejado notas ó papeles póstumos, y estos documentos revelan una preocupación constante, que no es tanto la de glorificarse á sí mismos como la de maltratar á sus adversarios hasta en su memoria. Agriado por una semidesgracia, creyendo merecer por su antigüedad y por su abnegación un puesto privilegiado, el Sr. de Persigny veía en todas partes egoístas, prevaricadores, traidores casi; y censuraba rudamente la plácida tolerancia del amo, obcecado, según él decía, hasta el punto de dejarse explotar. Primero había perseguido ardientemente á Fould, y con igual celo persiguió después á Rouher. Entre éste y Walewski reinaba también una animosidad apasionada. El general Fleury, que aspiraba al papel de favorito, no se fiaba de Rouher, que aspiraba al papel de primer ministro. Los Sres. de La Valette y Drouyn de Lhuys no eran menos hostiles recíprocamente, aunque de una hostilidad más discreta, que raras veces se manifestaba al exterior. Simple prefecto por su título oficial, pero prefecto que no admitía fiscalizaciones, el barón de Haussmann reñía más ó menos con todos los ministros del Interior: primero se quejó de Delangle, con quien se reconcilió después: luego soportó con impaciencia á Persigny, y Forcade la Roquette, que pronto sucedió á éste, no le gustó tampoco. Haussmann acusaba al ministro de Estado que, en el Cuerpo legislativo, lo sostenía débilmente y, lejos de glorificar sus audacias, parecía más bien excusarlas.

Aumentaba la confusión el despecho de los que, después de haber desempeñado primeros papeles, se habían visto relegados al segundo término por incapacidad ó por intriga hostil. Uno de los más inconsolables era el Sr. de Maupás. Habiendo tomado parte en el golpe de Estado como prefecto de policía, estaba en la persuasión de haber sido uno de los fundadores del reinado. En su retiro de senador, meditaba mucho sobre el derecho constitucional y buscaba ingeniosamente tesis para combatir á los que habían llegado al pináculo de la fortuna. Odiaba entre los muertos á Morny y entre los vivos á Rouher; y las *Memorias* que había de escribir en su vejez iban á ser la expresión de este doble odio. Aquellas feroces competencias se traducían en manejos secretos de toda especie que se tramaban en los ministerios, en el Luxemburgo, en el Palacio Borbón y en las Tullerías. Débil, ávido de tranquilidad, á menudo enfermo, el soberano era el hombre menos apto para dominar las rivalidades y las intrigas. Existe, por otra parte, una tentación á la cual los príncipes raramente resisten, y es la de saber todos los secretos de unos por las irritadas confidencias de otros y mantener el equilibrio entre los grandes orgullos. Aunque de buena índole y generalmente benévolo, Napoleón no era insensible á ese malsano placer compuesto de maledicencia, de envidia despótica y de desprecio de los hombres. A veces se divertía en poner ambiciones rivales frente á frente. Un día en que Persigny le explicaba ciertos proyectos de reforma, el monarca le interrumpió diciendo con tranquila indiferencia: «Está bien, en-

tendeos sobre el particular con Rouher.» ¡Pero Rouher era el enemigo!

En medio de aquella confusión, crecía una influencia, la de la emperatriz. La edad, al marcarla con sus primeros estragos, le advertía que buscarse otros éxitos que los de la gracia y la hermosura. Las enfermedades crecientes del emperador acostumbraban á la idea de una regencia, y ella deseaba aligerar el peso que quizá estaba destinada á llevar un día. Muy clarevidente, aunque con intermitencias, experimentaba violentos excesos de inquietud y, cada vez más desengañada de la sensatez de su esposo, aspiraba á proteger maternalmente á su hijo.

Todos estos motivos y sentimientos la atraían hacia la política. No se nos acusará de irreverentes con un augusto infortunio si decimos que ni la naturaleza ni la educación habían preparado bastante á la soberana para el papel de consejera. No poseía la instrucción que se adquiere con el estudio, ni esos conocimientos generales que, en las cortes de antiguo origen, proporciona la penetración del medio ambiente. Era capaz de inspirar resoluciones valientes, pero no estaba dotada de esa sangre fría, de esa posesión de sí mismo que permite recoger los frutos del valor. Tendría más bien inspiraciones que designios. Aunque de costumbres irreprochables, no estaba bastante exenta de las debilidades de la mujer para cerrar los oídos á la adulación. Algunos franceses y sobre todo algunos extranjeros, aun sin abundar en sus ideas, habían adquirido gran privanza cerca de ella por medio de la lisonja, y sus ideas conservaban el sello de las insinuaciones recibidas. Carecía sobre todo de mesura, y en ella alternaban admirables arranques de mujer generosa con explosiones de niña encolerizada. Mimada por la fortuna, había tenido hasta entonces entusiasmos sucesivos, más bien caprichos que pasiones. Se la había visto entregarse al espiritismo y hacer girar mesas, coleccionar reliquias de María Antonieta é interesarse por los jóvenes presos de la Roqueta. En 1868 se interesó sobre todo en la rehabilitación de Lesurques, extrañándose de que no se procediese inmediatamente á la revisión del proceso. De vez en cuando se dedicaba á obras caritativas, y se mostraba en ellas tal como era, ora abandonándose á magníficos arranques de corazón, ora perdiéndose en pequeñas exigencias despóticas que hacían su patronato tan importuno como ventajoso. Todo esto era propio de una mujer de espíritu activo, pero más inquieta que fecunda en recursos, nerviosa, excesivamente impresionable, absoluta y voluble á la vez, y que, metiéndose en los negocios del Estado, había de aportar á ellos tanto trastorno con sus ardores inconsiderados, como luz con las intuiciones de su presciencia materna. Cuando la soberana hubo adquirido la costumbre de asistir á los consejos, sucedió más de una vez, según dicen, que su opinión fué contraria á la de su esposo, lo cual constituyó una gran dificultad para los ministros llamados á zanjar las cuestiones. El Sr. de Persigny, que se vanagloriaba de atreverse á todo, atrevióse á exponer en una carta al emperador los peligros de aquella ingerencia femenina (1). Una casualidad maliciosa quiso que la carta fuese abierta por la propia emperatriz, y esta circuns-

(1) Véase Persigny, *Mémoires*, pág. 389.

tancia, por sí sola, hubiese mostrado hasta dónde llegaban sus ingerencias.

A los monarcas debilitados por los años y mal servidos por sus íntimos amigos ó por su familia, les queda á menudo el recurso del prestigio de su nombre. El emperador había debido su elevación á ese prestigio y nada más que á ese prestigio. Pero las leyendas necesitan perspectivas lejanas y se deterioran al hacerse tangibles. Esto es lo que había pasado con la leyenda napoleónica. Al tomar cuerpo, había perdido su poesía. Al cabo de diez y siete años de restauración imperial, aparecía como una imagen descolorida, vulgar, importuna, buena á lo sumo para mantener las supersticiones del patriotismo exagerado é ignorante, y, en aquella decadencia del reinado, todos á porfía soplaban para acabar de disiparla.

Desde luego lo intentó la historia. Proscrito por el 2 de diciembre, Thiers se había guardado de hacer refluir sus rencores hasta el 18 brumario. Es que había vivido en el nimbo de la leyenda y era demasiado viejo para apartar de ella los ojos. La generación nueva era muy distinta. Hasta entonces el sobrino se había apoyado en el tío. En adelante el tío iba á servir para combatir al sobrino. Había la esperanza de que, destruyéndose científicamente la leyenda, el que no vivía más que de ella se desacreditaría sin remedio. En las revistas, en los folletos contemporáneos, ¡cuántas páginas no reflejan tales tendencias! Hubo un hombre que en aquella época se propuso revisar enteramente el juicio del primer Imperio. Este hombre se llamaba Lanfrey. Lanfrey se dedicó á reconstituir la *Historia de Napoleón I*. En 1868 se habían publicado ya dos tomos. La pretensión visible consistía en ofrecer la imagen invertida de la obra que Thiers acababa de escribir. Thiers se había complacido en las descripciones de batallas; Lanfrey hablaba de esas cosas con desdeñosa brevedad, como paisano circunspeto que en todo militar victorioso presiente un dictador. El autor del *Consulado y del Imperio* había hablado de la libertad perdida con una resignación que se acercaba á la amnistía: el otro erigía la libertad política al nivel de un dogma que no sufre merma ni alteración. Thiers había hecho converger todas las glorias sobre Napoleón: en la obra de Lanfrey, Napoleón era también el centro en torno del cual todo irradiaba; pero en torno de él y en actitud vengativa se presentaban todas sus víctimas, sin omitir ninguna, desde el duque de Enghien, el fusilado de Vincennes, hasta el negro Toussaint Louverture, el prisionero del fuerte de Joux; y todo el que por él había sufrido adquiría el carácter de sagrado. El libro, que tenía tanto de libelo como de historia, debió su principal importancia á las apreciaciones que suscitó. La *Revista de Ambos Mundos* alabó en el autor el «que no hubiese rendido culto á una superstición gigantesca.» Sobria, pero de corto aliento y algo pálida, la obra no prometía hacerse popular. En cambio tuvo muchos lectores en la burguesía democrática, en la universidad, en las clases ilustradas; y los periódicos de oposición la sirvieron á sus suscriptores. En esto, cayó el Imperio, y en su caída arrastró á la obra consigo. Como el libelo era ya inútil, lo demás no tuvo fuerza bastante para sostenerse por sí solo. El público olvidó el libro, que no se terminó, y olvidó también al autor, que murió obscuramente; la

generación actual no ha conservado memoria del uno ni de la otra.

Las obras de imaginación continuaron con mayor boga lo que la historia había empezado. Dos amigos, enemistados más tarde, asociaron sus nombres y sus pensamientos y publicaron en aquella época sus novelas bajo la razón social de Erckmann-Chatrián. Sin atribuir á causas pequeñas efectos demasiado grandes, se puede afirmar que la leyenda napoleónica recibió de estos dos hombres un daño considerable. Alsacianos ambos, habían escogido como lugar de acción para sus narraciones las pequeñas plazas fuertes ó los pueblecitos montañoses de su país natal. Proponíanse únicamente describir los tiempos de la Revolución y del Imperio. La idea general consistía en oponer á las crueles emociones de las batallas la dulce tranquilidad del hogar, á la poesía épica el idilio burgués y rural. Sucesivamente habían salido á luz *La historia de un quinto de 1813*, *El bloqueo* y *La historia de un campesino*. Todo el arte (y era grande, aunque poco variado) consistía en cuadros sucesivos que perpetuamente formaban contraste: un cuadro de familia, pintado hasta en sus más mínimos detalles, y un cuadro militar voluntariamente rodeado de sombra, con soldados extenuados por la marcha, paradas melancólicas en los vivaques, escenas de ambulancia, y en todas partes grandes manchas de fango, de nieve y de sangre. El idilio no brillaba por el refinamiento del ideal, pero causaba una buena impresión de calor, de abundancia y de bienestar familiar. Toda la Alsacia revivía allí en una pintura fiel como una fotografía: grandes estufas de loza que se tragaban troncos de pino; el reloj y el aparador de roble; la abuela hilando con su torno, la comida del domingo con la col fermentada (*choucroute*), los muslos de ganso en conserva y la cerveza de marzo; las veladas al amor de la lumbre, el buhonero que contaba las noticias de Phalsburgo y de Saverna, el guardabosque que llegaba cubierto de escarcha y derretía en el hogar la nieve de sus ropas; novios que esbozaban, medio en francés, medio en dialecto alsaciano, sus primeras declaraciones de amor; algún viejo campesino que refería el antiguo régimen, y uno ó dos judíos, de gran utilidad para poner en sus labios las máximas cosmopolitas hasta el exceso. Venía luego la mutación. Pocos días después en la plaza del pueblo se hallaban reunidos los mozos. Mucho silencio, llanto reprimido y, á intervalos, una falsa alegría peor que las lágrimas. Un decreto del emperador había prescrito nuevas levadas. Era la quinta, pero sin números buenos y con la convicción de que los que marchaban no volverían. El resto de la narración trazaba el reverso de una epopeya: mucha miseria, el hambre, las enfermedades, los combates, los reveses, la retirada, el repaso del Rin, la reaparición de los Vosgos en medio del aparato de la derrota, las primeras avanzadas enemigas por la parte de Saverna, el sitio, la ocupación... Poca elevación en el pensamiento, poco relieve en el estilo, algo de vulgar, de burgués, de rastrero; pero mucha verdad, una narración natural, interesante y que, sin fatiga, se continuaba hasta el fin. Pocas reflexiones, apenas algunos breves comentarios para los cerebros demasiado tardíos en comprender. El buen natural alsaciano no estaba allí exento de perfidia. ¿Qué libelo hubiera producido el efecto de aquella